

Una hoja suelta, para don Elío

Lo peor de marcharse uno de su ciudad, sea por obligación, sea por sus devociones, está en esos huecos que inevitablemente nos depara el regreso. Se nos ha helado un rosal; fue arruinada una casa de silueta familiar y amiga; y más irreparable: nos han llevado a éste o a aquel hombre de nuestra convivencia cotidiana. Esta vez, entre los ecos de la Navidad y las casi vísperas del Santo Jirso villafranquino, se nos marchó para siempre don Elío. En el Bierzo.

Vivía en la plaza de Villafranca —hablo del tiempo de mi adolescencia—. Sus hijos eran nuestros amigos, compañeros de los estudios "por libre" y de las zozobras de examinandos en el "severo" —nos parecía— Instituto de Ponferrada. Elío, Bernardo, Luis Díez Feijóo... Y las niñas. No es raro que ahora, cuando desaparece físicamente el hombre y médico ejemplar que tanto hizo por su región, mi impresión se centre en un recuerdo personal, muy vivo.

En la mañana de un verano —puedo reconstruir el ámbito de la villa tranquila, el olor de las flores del jardín, el canto de los pájaros—, me llevaron a la consulta del oculista. No fue nada grave, si se quiere. Nada... y sin embargo, iba a decidirse mi destino. Don Elío me recibió cariñoso, me sometió a unas pruebas y me hizo mirar a lo lejos, hacia los montes de Dragonte, mientras medía distancias, cosas de mis ojos.

—No es nada —tranquilizó a mi madre—, al chico ya no le dolerá la cabeza. Que le pongan estas gafas.

Y fue para siempre.

He estudiado mucho sobre la Introversión de

Por Antonio PEREIRA

los miopes, que encuentran en las cercanías del libro y de los papeles un mundo idóneo y favorable. Acerca del amor de los miopes. Sobre su redoblada afectividad. Pero sin apoyo de muletas prestadas aseguro que un niño con gafas y en Villafranca, estaba fatalmente abocado a compensar con aventuras más íntimas —la poesía— el exilio de las guerras entre las pandillas la separación de tantos otros juegos violentos. Era hermoso, incluso, renunciar a la ayuda de los cristales y dejarse anegar en el encanto de aquella "tierna miopía" tan bien alabada por el maestro Dámaso:

*Veo manchas de rosas, sombras de árboles,
mujeres que parecen
bellas (y tal vez me sonríen).
Oh mundo de algodón, mundo poético,
que mis ojos matizan.*

Para el médico, como es de suponer, mi paso por su clínica habrá sido una incidencia entre las miles y miles de su ejecutoria dilatada. Para mí fue mucho más. Puede ocurrir que por eso, tan personal y hasta egocéntrico, yo no haya olvidado nunca a don Elío. Pero aún en cualquier caso, como villafranquino leal que quiero ser, estaría obligado a condolerme por esta noticia que me estaba esperando a la hora incierta del regreso. Descanse en paz.